

ROMEO.- ¡Dijérase que ese nombre, disparado por arma mortal, la ha matado, como la mano maldita que lleva tal nombre mató a su primo! ¡Oh! ¡Dime, monje, dime! ¿En qué parte de esta anatomía se encuentra mi nombre? ¡Dímelo, que devaste la odiosa mansión. (*Desenvainando la espada.*)

FRAY LORENZO.- ¡Detén tu airada mano! ¿Eres hombre? Tu figura pregona que lo eres, pero tus lágrimas son de mujer; tus actos frenéticos denotan la furia irreflexiva de una fiera. Deformada mujer en forma de hombre o mal formada fiera en forma de hombre y de mujer. ¡Pasmado me dejas! Por mi santa Orden, te creí en disposición más templada. Después de matar a Teobaldo, ¿quieres ahora matarte a ti mismo y juntamente a tu esposa, que vive en ti, creándote a ti propio un odio execrable? ¿Por qué ultrajas tu nacimiento, el cielo y la tierra, toda vez que nacimiento, cielo y tierra en ti se reúnen, y los quieres perder a la vez? ¡Cuidado, cuidado! ¡Tú estás envileciendo tu figura, tu amor y tu razón, y, semejante al usurero, en todo abundas, menos en utilizar en recto uso lo que verdaderamente daría realce a tu figura, a tu amor y a tu razón. Tu noble figura no es sino una imagen de cera desprovista de pujanza varonil. Tus votos de tierno amor, son falsas palabras que matan aquel amor que juraste guardar en tu pecho. Tu razón, esa gala de tu figura y de tu amor, desviada del gobierno de una y otro, como la pólvora en el frasco del inexperto soldado, se inflama por tu ignorancia y te mutila con tu propio medio de defensa. ¡Vaya, ámate, hombre! Tu Julieta, por cuyo ardiente amor morías hace poco; vive; en esto eres afortunado. Teobaldo quería matarte, pero tú le mataste; en esto eres también afortunado. La ley, que amenazaba de muerte, se hace amiga tuya, conmutando la pena en destierro; en esto eres igualmente afortunado. Sobre tus hombros pesa suavemente una carga de bendiciones. La Fortuna te corteja, luciendo sus mejores atavíos. Y tú, sin embargo, como muchacha arisca y desenvuelta, regañas con tu fortuna con tu amor. ¡Cuidado, cuidado! ¡El suicidio es una muerte miserable!... Anda, ve a casa de tu amada, según estaba connotado; sube a su aposento y consuélala. Pero mira no detener te hasta estar montada la guardia, pues de lo contrario no podrías trasladarte a Mantua, donde permanecerás hasta que hallamos ocasión favorable de hacer público vuestro matrimonio.

reconciliar a vuestras familias, obtener el perdón del príncipe y llamarte para que te restituyas aquí, con mil y mil veces más alborozo que gemidos exhalas a tu partida. Adelántate, nodriza; ofrece mis respetos a tu señora y dile que dé prisa a toda la casa para que se retiren al lecho, a lo que se mostrarán propicios a causa de su intenso dolor. Romeo irá inmediatamente.

NODRIZA.- ¡Oh, señor! De buena gana me hubiera pasado aquí toda la noche oyendo tan buenos consejos. ¡Oh! ¡Lo que es el saber! Señor, diré a mi señora que vendréis.

ROMEO.- Sí, y no te olvides de decirle que se prepare a recibirme.

NODRIZA.- He aquí señor, una sortija que me entregó para vos, señor. No perdáis tiempo, daos prisa, que es tarde. (*Sale.*)

ROMEO.- ¡Cómo conforta esto mi espíritu!

FRAY LORENZO.- ¡Márchate ya, y buenas noches! De esto depende toda tu vida: o te pones en camino antes que se monte la guardia, o sales disfrazado al despuntar el día. Reside en Mantua. Yo sabré hallar a tu criado, y él te llevará con frecuencia noticias de todo lo que aquí suceda y te interese. Dame tu mano; se hace tarde. ¡Adiós! ¡Buenas noches!

ROMEO.- ¡Si una dicha superior a toda dicha no me llamara a otro sitio, sería un gran dolor separarme tan pronto de tu lado. ¡Adiós! (*Salen.*)

ESCENA IV.

Una sala en casa de Capuleto.

Entran CAPULETO, LADY CAPULETO y PARIS.

CAPULETO.- Han ocurrido cosas tan lamentables, señor, que no hemos tenido tiempo de convencer a nuestra hija. Consi

derad que profesaba gran afecto a su primo Teobaldo, y yo lo mismo. Bien; todos hemos nacido para morir. Es muy tarde. Ella no bajará esta noche. Os aseguro que, a no ser por vuestra compañía, hace una hora que estaría yo en la cama.

PARIS.- Estos instantes de dolor no dan lugar a galanteos. Buenas noches, señora. Encomendadme a vuestra hija.

LADY CAPULETO.- Lo haré, y mañana temprano sabré su modo de pensar. Esta noche está aprisionada a su pesadumbre.

CAPULETO.- Conde de Paris, me atrevo a responderos del amor de mi hija. Creo que en todo se dejará gobernar por mí. Más diré; no lo dudo. Esposa, id a verla antes de recogeros. Dale cuenta del amor de mi hijo Paris, y hacedle saber notadlo bien, que el próximo miércoles... Pero ¡calla! ¿Qué día es hoy?

PARIS.- Lunes, señor.

CAPULETO.- ¡Lunes! ¡Ya, ya! Bien. El miércoles es demasiado pronto; sea el jueves. Decidle que el jueves se desposará con este noble conde. ¿Estaréis vos dispuesto? ¿Os agrada esta premura? No habrá gran pompa. Un amigo o dos; pues, comprendedlo, estando tan reciente la muerte de Teobaldo, pudieran pensar que le honrábamos poco, siendo nuestro pariente, si nos regocijábamos mucho. De modo que invitaremos a media docena de amigos, y asunto terminado. Ahora, ¿qué decís vos al jueves?

PARIS.- ¡Señor, que quisiera que fuera jueves mañana!

CAPULETO.- Bien; podéis retiraros. Sea entonces el jueves. Id a ver a Julieta antes de acostaros, esposa, y preparadla para el día del casamiento. ¡Adiós, señor! ¡Luces a mi cuarto, eh! Por vida mía, es ya tan tarde, tan tarde, que muy pronto podremos decir que es temprano. ¡Buenas noches! (Salen.)

ESCENA V.

Jardín de Capuleto.

Entra ROMEO y JULIETA arriba, en la ventana.

JULIETA.- ¿Quieres marcharte ya?... Aún no ha despuntado el día... Era el ruiseñor, y no la alondra, lo que hirió el fondo temeroso de tu oído... Todas las noches trina en aquel granero. ¡Créeme, amor mío, era el ruiseñor!

ROMEO.- ¡Era la alondra la mensajera de la mañana, no el ruiseñor!... Mira..., amor mío, qué envidiosas franjas de luz ribetean las rasgadas nubes allá en el Oriente... Las candelas de la noche se han extinguido ya, y el día bullicioso asoma de puntillas en la brumosa cima de las montañas... ¡Es preciso que parta y viva, o que me quede y muera!

JULIETA.- Aquella claridad lejana no es la luz del día, lo sé, lo sé yo... Es algún meteoro que exhala el Sol para que te sirva de portaantorcha y te alumbre esta noche en tu camino a Mantua... ¡Quédate, por tanto, aún!... No tienes necesidad de marcharte.

ROMEO.- ¡Que me prendan!... ¡Que me hagan morir!... ¡Si tú lo quieres, estoy decidido! Diré que aquel resplandor grisáceo no es el semblante de la aurora, sino el pálido reflejo del rostro de Cintia, y que no son tampoco de la alondra esas notas vibrantes que rasgan la bóveda celeste tan alto por encima de nuestras cabezas. ¡Mi deseo de quedarme vence a mi voluntad de partir!... ¡Ven, muerte, y sé bienvenida! Julieta lo quiere. Pero ¿qué te pasa, alma mía? ¡Charlemos; aún no es de día!

JULIETA.- ¡Sí es, sí es; huye de aquí, vete, márchate! ¡Es la alondra, que canta de un modo desentonado, lanzando ásperas disonancias y desagradables chirridos! ¡Y dicen que la alondra produce al cantar una dulce armonía! ¡Cómo, si ella nos separa! ¡Y dicen que la alondra y el sapo inmundo cambian los ojos!... ¡Ay! ¡Ojalá hubieran ellos trocado ahora también la voz! ¡Porque esa voz nos llena de temor y te arranca de mis brazos, ahuyentándote de aquí con su canto de

alborada! ¡Oh, parte ahora mismo! ¡Cada vez clarea más!

ROMEO.- ¡Cada vez clarea más! ¡Cada vez se ennegrecen más nuestros infortunios!

Entra la NODRIZA al aposento.

NODRIZA.- ¡Señora!

JULIETA.- ¡Nodriza!

NODRIZA.- Vuestra señora madre se dirige a vuestro aposento. Ha despuntado el día. ¡Cuidado y alerta! *(Sale.)*

JULIETA.- ¡Entonces, balcón, haz entrar la luz del día deja salir mi vida!

ROMEO.- ¡Adiós!... ¡Adiós! Un beso, y voy a descender. *(Desciende.)*

JULIETA.- ¿Y me dejas así, mi dueño, mi amor, mi amigo! ¡Necesito saber de ti cada día y cada hora!... ¡Porque en un minuto hay muchos días! ¡Oh! ¡Según esta cuenta, habré yo envejecido antes que vuelva a ver a mi Romeo!

ROMEO.- ¡Adiós!... ¡No perderé ocasión alguna para enviarte mis recuerdos, amor mío!

JULIETA.- ¡Oh! ¿Piensas que nos volveremos a ver algún día?

ROMEO.- ¡Sin duda! Y todos estos dolores serán temas de dulces pláticas en días futuros.

JULIETA.- ¡Oh Dios! ¡Qué negros presentimientos abrigo mi alma!... ¡Se me figura verte ahora, que estás abajo, semejante a un cadáver en el fondo de una tumba! ¡O mi vista me engaña, o tú estás muy pálido!

ROMEO.- Pues, créeme, amor mío: a mis ojos también tú lo estás. ¡Sufrimientos horribles beben nuestra sangre!... ¡Adiós! ¡Adiós!... *(Sale.)*

JULIETA.- ¡Ay!... ¡Fortuna! ¡Fortuna! Todos te llaman veleidosa. Si lo eres, ¿qué tienes que ver con quien goza de renombre por su fidelidad? ¡Sé tornadiza, Fortuna, porque en tonces, según espero, no lo retendrás largo tiempo, sino que lo restituirás pronto a mis brazos!

LADY CAPULETO.- *(Dentro.)* ¡Hola, hija mía! ¿Estás ya levantada?

JULIETA.- ¿Quién me llama? ¡Es mi señora madre! ¡Está de vela tan tarde, o es que madruga tan temprano! ¿Qué inusitada causa la trae aquí?

Entra LADY CAPULETO.

LADY CAPULETO.- ¡Cómo! ¿Qué es eso, Julieta?

JULIETA.- No me hallo bien, señora.

LADY CAPULETO.- ¿Siempre llorando por la muerte de tu primo? Qué, ¿pretendes quizá sacarlo de la tumba por medio de tus lágrimas? Aunque lo consiguieras, no podrías darle vida. Por tanto, cesa de llorar. Un sentimiento moderado revela amor profundo, en tanto que si es excesivo indica falta de sensatez.

JULIETA.- No obstante, permitidme que llore tan sensible pérdida.

LADY CAPULETO.- De ese modo sentirás la pérdida, pero no al amigo por quien lloras.

JULIETA.- Sintiendo así su pérdida, no puedo menos de llorar siempre al amigo.

LADY CAPULETO.- Ya comprendo, hija mía; lloras no solo por la muerte, sino porque vive todavía el infame que lo asesinó.

JULIETA.- ¿Qué infame, señora?

LADY CAPULETO.- Ese infame de Romeo.

JULIETA.- ¡Entre un infame y él hay muchas millas de distancia!... ¡Dios le perdone, como yo le perdono de todo corazón! ¡Y eso que ningún hombre me aflige tanto como él!

LADY CAPULETO.- Eso es porque vive el traidor asesino.

JULIETA.- Sí, señora. ¡Porque vive lejos del alcance de estas manos! ¡Quisiera que no vengara nadie sino yo la muerte de mi primo!

LADY CAPULETO.- ¡Tomaremos venganza de ella! ¡No temas! ¡Acaben tus lloros, por tanto! Voy a enviar a una persona a Mantua, donde vive ese desterrado vagabundo, a quien dará una extraña bebida, que pronto hará compañía a Teobaldo, y entonces juzgo que quedarás contenta.

JULIETA.- Verdaderamente, nunca quedaré satisfecha de Romeo hasta que no le vea... ¡muerto! Está mi pobre corazón tan torturado por el fallecimiento de un pariente... Señora, si vos no halláis un hombre para llevar el tósigo, yo mismo lo prepararé; de manera que, no bien lo haya tomado, duerma en paz Romeo. ¡Oh, cuánto sufre mi corazón al oírlo nombrar y no poder dirigirme a donde está, para hacer sentir el amor que profesaba a Teobaldo en el cuerpo de aquel que le arrebató la vida!

LADY CAPULETO.- Busca los medios, y yo buscaré a semejanza de un hombre. Pero ahora vengo a comunicarte noticias alegres, muchacha.

JULIETA.- ¡Y que viene bien la alegría en ocasión que tan necesaria está de ella! ¿Qué es ello? Decidlo, os ruego.

LADY CAPULETO.- Vaya, vaya, tienes un padre que se interesa mucho por ti, muchacha, y que por sacarte de tu desolación ha ideado un imprevisto día de felicidad que ni tú aguardabas ni yo me prometía.

JULIETA.- Señora, me alegro mucho. ¿De qué se trata?

LADY CAPULETO.- Pues a fe, hija mía, que el próximo jueves, de madrugada, el galante joven y noble caballero el conde de Paris tendrá la ventura de hacer de ti una feliz esposa en la iglesia de San Pedro.

JULIETA.- ¡Pues por la iglesia de San Pedro, y aun por San Pedro mismo, él no hará de mi una feliz esposa! ¡Me extraña su prisa y que me haya de casar con quien ni siquiera me ha hecho la corte Señora, os suplico digáis a mi padre y señor que no quiero desposarme todavía, y que, de hacerlo, os juro que será con Romeo, a quien supondréis que odio, antes que con Paris... ¡Y eran esas las noticias!...

LADY CAPULETO.- ¡Aquí está vuestro padre! ¡Decídselo vos misma, y veréis ahora cómo va a tomarlo!

Entran CAPULETO y la NODRIZA.

CAPULETO.- Cuando se pone el sol, el aire destella rocío, pero por el ocaso del hijo de mi hermano llueva a mares. ¿Qué es eso? ¿Un caño, muchacha? Qué, ¿siempre de lágrimas y llorando a torrentes? En tu cuerpo diminuto semejas una barca, el océano y el huracán; porque tus ojos, que bien puedo denominar océano, a todas horas tienen flujo y reflujo de lágrimas. La barca es tu cuerpo que navega en ese salado piélago; los vientos, tus suspiros, que en lucha furiosa con tu llanto, y este con ellos, de no sobrevenir una repentina calma, harán zozobrar tu cuerpo, combatido por la tempestad. Qué esposa, ¿le habéis comunicado nuestra determinación?

LADY CAPULETO.- Sí, señor; pero no quiere; os da las gracias. ¡Ojalá se desposara con la tumba esa necia!

CAPULETO.- ¿Cómo? A ver, a ver, esposa. ¡Qué! ¿No quiere? ¿No nos lo agradece? ¿No se siente orgullosa? ¿No tiene a dicha, por muy indigna que sea de ello, el que le hayamos proporcionado para novio un caballero tan notable?

JULIETA.- Orgullosa, no; al contrario, estoy muy agradecida. Nunca puedo estar orgullosa de lo que aborrezco; pero sí agradecida, hasta por lo que odio, cuando se lleva a cabo con amorosa intención.

CAPULETO.- ¡Cómo, cómo! ¡Cómo, cómo! ¡Hilvanadora de retóricas! ¿Qué significa eso de «estoy orgullosa y os lo

agradezco>>, y <<no os lo agradezco>>, y, sin embargo, <<no estoy orgullosa>>? Lo que vais a hacer, señorita deslenguada, es dejaros de ese galimatías de agradecimientos y orgullitos y preparar vuestras finas piernas para el próximo jueves a fin de acompañar a Paris a la iglesia de San Pedro, o, de lo contrario, te llevaré hasta allí a la rastra en un zarzo. ¡Fuera de mi presencia, encarroñada clorótica! ¡Fuera, libertina! ¡Cara de sebo!

LADY CAPULETO.- ¡Callad, callad! Qué, ¿os habéis vuelto loco?

JULIETA.- ¡Buen padre, os lo pido de rodillas! Escuchadme con paciencia una palabra nada más.

CAPULETO.- ¡Ahórcate, joven libertina, criatura desobediente! Oye lo que te digo: ¡no vas a la iglesia el jueves, o jamás me mires a la cara! ¡No hables! ¡No repliques!... ¡No me contestes!... ¡Que tiembla mi mano!... ¡Esposa!... Apenas nos creímos felices por no habernos Dios concedido nada que esta hija; pero ahora veo que con esta hija única hay de sobra, y que con ella nos ha caído una maldición. ¡Apártate de mi vista, mujerzuela!

NODRIZA.- ¡Dios la bendiga en el cielo! La reñís demasiado severamente, señor.

CAPULETO.- Y ¿por qué, señora entremetida? ¡Silencio, consejera oficiosa! ¡A cotorrear con vuestras comadres, arrojando!

NODRIZA.- No decía nada malo.

CAPULETO.- ¡Oh, buenas tardes os dé Dios!

NODRIZA.- ¡No puede una ni hablar!

CAPULETO.- ¡Silencio, estúpida gruñona! ¡Esa elocuencia la gastáis con vuestras iguales, que aquí no hace falta.

LADY CAPULETO.- ¡Os acaloráis demasiado!

CAPULETO.- ¡Por la Hostia Sagrada! ¡Si es para volver loco! De día, de noche, a todas horas en cualquier ocasión, a cada momento, trabajando, en diversión, solo, en compañía, fue siempre mi sueño verla desposada, y ahora que le habíamos

conseguido un caballero de familia de príncipes, lleno de riquezas, joven, educado con el mayor esmero, henchido, como dicen, de bellas cualidades; un hombre, en fin, como pudiera uno desearlo, venirnos esta miserable y estúpida llorona, esa muñeca quejicosa, que, al sonreírle la fortuna, exclame por toda respuesta. <<No quiero casarme, no puedo amar, soy muy joven; os ruego que me perdonéis.>> ¿SÍ? ¡Pues no os caséis! ¡Bueno será mi perdón! ¡Idos a vivir donde os plazca, que en mi casa no pondréis más los pies! ¡Miradlo bien, pensadlo bien; yo no acostumbro chancearme! El jueves se acerca: poned la mano en vuestro corazón y reflexionad. Si queréis ser mi hija obediente, os daré a mi amigo; si no lo queréis ser, ahorcaos, mendigad, consumíos de hambre y miseria, morid en medio de la calle. Pues, por mi alma, que nunca os reconoceré. ¡Tenedlo por seguro! ¡Meditadlo bien! ¡Yo no quebrantaré mi palabra! (Sale.)

JULIETA.- ¿No hay clemencia en los cielos que llegue hasta el fondo de mi dolor?... ¡Oh dulce madre mía! ¡No me rechacéis! Suspended esta boda un mes, una semana; o si no, preparad mi lecho de bodas en la tumba sombría donde yace Teobaldo.

LADY CAPULETO.- Nada me digas, pues no hablaré una palabra. Obra como quieras, porque todo ha terminado entre las dos. (Sale.)

JULIETA.- ¡Oh Dios!... ¡Oh nodriza! ¿Cómo se remediará esto? Mi esposo está en la tierra; en el cielo, mi fe. ¿Cómo tornará otra vez esta fe a la tierra, a no ser que mi esposo, dejando este mundo, me la envíe desde el cielo? Consuéla me, aconséjame, ¡Ay! ¡Ay! ¡Que haya de emplear el cielo astucias contra una criatura tan débil como yo! ¿Qué dices tú? ¿No tienes ni una palabra de alegría? ¡Dame algún consuelo, nodriza!

NODRIZA.- ¡Helo aquí a fe mía! Romeo está desterrado, y apostarí el mundo entero contra nada a que no se atreve a volver aquí para reclamaros, y de venir, será a escondidas. Estando, pues, las cosas como están, creo que lo más conveniente es que os caséis con el conde. ¡Oh! ¡Es un arrogante caballero! ¡Romeo, para él, es una insignificancia! ¡El

águila, señorita, no tiene unos ojos tan verdes, tan vivos, como los de Paris! Padezca mi propio corazón, si no sois feliz con este segundo matrimonio, puesto que aventaja al primero; y aunque no lo fuera, de todos modos, vuestro primer marido ha muerto, o tanto da si lo tenéis aquí y no podéis servirnos de él.

JULIETA.- ¿Y eso lo dices de corazón?

NODRIZA.- ¡Y con toda mi alma! ¡Malditos, si no, el uno y la otra!

JULIETA.- ¡Amén!

NODRIZA.- ¿Qué?

JULIETA.- Nada, que me has consolado admirablemente. Ve y dile a mi madre que, afligida por haber contrariado a mi padre, voy a ir a la celda de Fray Lorenzo a confesarme y recibir su absolución.

NODRIZA.- ¡A fe que eso es ponerse en razón! (Sale.)

JULIETA.- ¡Vieja condenada! ¡Oh aborrecido demonio! ¿El mayor pecado incitarme así al perjurio, o vituperar a mi señor con esa misma lengua que tantos millares de veces la he ensalzado sobre toda alabanza? ¡Márchate, consejera! ¡Tú y mi corazón estaréis desde hoy divididos!... Iré a ver al moje, a saber qué remedio me da. ¡Si todos fracasan, yo misma tengo arrestos para morir! (Sale.)

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Celda de Fray Lorenzo.

Entran FRAY LORENZO y PARIS.

FRAY LORENZO.- ¿El jueves, señor? Me parece muy pronto.

PARIS.- Tal es la voluntad de mi padre Capuleto, y no se yo tan tardo y perezoso que modere su prisa.

FRAY LORENZO.- Decís que aún ignoráis las intenciones de vuestra prometida. Procedéis de un modo irregular, que no me agrada.

PARIS.- Julieta llora sin cesar desde la muerte de Teobaldo, y esta es la causa de que le hablara poco de amor, pues Venus no sonríe en una mansión de lágrimas. Ahora, señor, su padre juzga peligroso el que se abandone a tanto dolor, ha creído prudente acelerar nuestro matrimonio. Ese pesar, que absorbe demasiado su ánimo en la soledad, quizá se aparte de ella mediante la compañía. Ya sabéis la razón de esta prontitud.

FRAY LORENZO.- (Aparte.) Así no supiera por qué debe ello retardarse. Mirad, señor; que aquí viene la dama hacia mi celda.

Entra JULIETA.

PARIS.- Grato encuentro, señora y esposa mía.

JULIETA.- Eso podrá ser, caballero, cuando sea yo esposa.

PARIS.- Ese <<podrá ser>> ha de ser, amor mío, el jueves próximo.

JULIETA.- Lo que ha de ser, será.

FRAY LORENZO.- Verdad indiscutible.

PARIS.- ¿Vais a confesaros con este buen padre?

JULIETA.- Contestar a eso sería confesarme con vos.

PARIS.- No le neguéis que me amáis.

JULIETA.- Confesaré que amo.

PARIS.- Así, pues, le confesaréis que me amáis; estoy seguro.